

ser brindadas a quienes murieron por la defensa de una idea noble y por un anhelo de libertad.

La obra, en consecuencia, es de muy amplias proyecciones humanas. Su ritmo, casi vertiginoso, crea una constante tensión en el lector.

Cabe anotar que las vinculaciones entre el hombre y el tiempo se han dado en estas páginas con inteligencia y oficio estético. Cuando el protagonista se enfrenta con su destino, sugerido por las circunstancias políticas, se da cuenta de que su vida es diferente a la de la mayoría de los hombres, y hasta de la suya propia, antes de que aceptara la misión. "Antes las horas y los días, en su conjunto, traían ciertas transformaciones. Mark era como esas piedras lentamente horadadas por el agua que cae gota a gota".

En la conciencia de este hombre, los segundos y los minutos se ensartaban como perlas de un collar interminable. "Un collar mágico, irreal, cuyas perlas salían de la nada una tras otra, y de las cuales no sabía si la actual sería la postrera. Y todas poseían la misma fundamental importancia".

Obras así, didascálicas en su esencia, tienen la posible virtud de glosar un ejemplo, barroco o sutil, desinteresado o comprometido. Si la gracia estética es su cobertura, la moraleja se obtiene por añadidura. A esos umbrales se aproxima Igor Sentjurc.

<https://doi.org/10.29393/At401-84TEVM10084>

Tiempo de estar, poemas de FRANCISCA OSSANDÓN.
Colección "El Viento en la Llama". Santiago de Chile, 1962

Francisca Ossandón nació en Santiago de Chile. Su primer trabajo literario lo publica en 1954. El más reciente se titula *Tiempo de estar*, colección de poemas.

Noche con tierra al fondo es la exposición rítmica, con varias lagunas, de un haz de imágenes ópticas y sensitivas. Entre sus elementos, finamente anotados y sugeridos, se nos da un delicado balanceo de realidad y de ensueños: "La flor no me da su aroma / sino su abeja. / Apago al mundo. / ¿Dónde estoy? / Estoy en la memoria / de mis sueños".

El fluir poemático, esencia de pretéritas y actuales emociones, se une para conferir densidad el periplo sentimental: "La Tierra está curvada por / mis labios".

El segundo poema, *Venid imágenes antiguas*, tiende sus fibras en pos de las escenas del recuerdo.

Abundan las frases substantivas, como posibilidad de metáforas reductoras: "Mis ojos son grano de otro sol / ya eclipsado para siempre". "El silencio es la onda secreta de mi ser".

A veces, Francisca Ossandón suprime el nexos copulativo, dando origen a frases de alta jerarquía estética: "El sol, lago negro en que sumerjo / furiosas redes".

Sangre bajo las aguas presenta esa gama de figuras literarias, no consumadas en toda su complejidad, sino llevadas hasta el preciso límite de la

insinuación: "Soy isla de odiada herencia". "Son de agua / los cabellos que el amor / estruja".

Distante, pero bronce reitera los moldes técnicos de la poetisa. Sus trinos son variaciones de un mismo fulgor emotivo: "Soy lejana verdad que interrumpe / El horizonte". "Naciendo me estremezco en demoradas lunas". "La primavera es el palacio de los pájaros".

Las gotas pensantes esgrime los posibles espejos del agua, en donde la luz crea y refleja las imágenes, como trasunto del vivir, feliz, agobiado, problemático en su trance.

Algunos poetas románticos han esgrimido la simbología del agua en forma de lenguas que discurren por los cauces. Linfas que juegan con el aire, que llegan a ser ríos puestos de pie.

Francisca Ossandón escribe: "Arbol del agua; / Su ramaje es escritura de bocas y raigambres. / Su letra es rostro de ordenadas sentencias. Su voz, vértigo de la desafiante roca. / Sálvame del tiempo, dice, y es cruz encarnada".

Diez presencias del mar en mis sentidos encierra una serie de reacciones emotivas. Tratemos de aislar los pensamientos de mayor trascendencia.

"Como un río de alas / su empuje". "El mar / un cotidiano árbol de luz". "El mar / mano amiga en las preguntas / indóciles". "Niño en espíritu / portando en sus flancos / la raíz del movimiento". "En el mar / mis ojos naufragan".

Para nuestra poetisa, el agua, dulce o salina en su entraña, tiene la prestancia arbórea, atesora respuestas, incluso para la pregunta no formulada, pero es niño, resume todos los enigmas de la quietud y del movimiento. Y en su abismo caben inmensos naufragios, el de los ojos, por ejemplo, dulces ventanas del alma.

Bellos poemas los de *Tiempo de estar*. Hasta en sus zonas oscuras y en sus múltiples silencios hay una luz y se expande una voz de recónditos acentos.

Cifra de su poesía es la siguiente composición en la que glosa la presencia del mar:

*Quiero un jardín de aguas
para las horas de mi
otoño.
Mi creación una tierra en su
permanencia.
Mi otoño, gloria nacida
de un lento abanico.
El deslumbramiento bautiza
las hojas.
Días brillantes
acogen las miradas
del cuerpo del mar.
Los labios del laurel
en su frente.*

*Es la mía
la sombra del destino
gemela de mi ser
e invitada.*

V. M.

La herida del tiempo, de CARLOS MORAND.
Ediciones Luis Rivano. Santiago, 1963

En uno de sus cuentos, Carlos Morand nos plantea el problema del cruce y fusión de culturas dispares. Su protagonista, un hombre perdido en la selva, recuperado por una pareja humana de mentalidad casi antagónica, trata de explicarse qué vivencia constructiva pudo sembrar durante su breve contacto con esos seres. La respuesta es sencilla. Quizá, imposible. Porque la vida fructifica y adquiere tornasoles impensados.

He ahí el tema de *La herida del tiempo*, narración bien construida, con inteligentes atisbos de psicología diferencial. El lenguaje, exacto, sin hojarasca.

Los hombres de arena es un relato con elementos de suspenso. Los diálogos, esquemáticos, dicen y sugieren. La imagen del individuo caído en el desierto desde un avión tiene indudable grandeza. Sus meditaciones oscilan entre la realidad y el desvarío. Un horizonte abierto de esperanza se columbra en las postreras secuencias: "En mi interior acaba de nacer el primer brote de reconciliación con el presente y con este mundo lleno de promesas...".

Como reverso de esta lucecilla, el sueño en un vacío, en la nada: "Ahora siento poderosos deseos de sumergirme en la arena, en un abrazo final, como si mi propio cuerpo se estuviese convirtiendo en arena".

La posibilidad de un tema inconcluso tiene valores de sugerencia, norma que se acusa en las narraciones de este escritor.

Hacia el fin del día es un conjunto de finas viñetas, superpuestas, exhibiendo nexos débiles.

De sencillo análisis son las inquietudes y los proyectos de unos personajes que conversan como al desgaire, pero reservando su celosa intimidad.

Hay en estas escenas una sensación de vida, refugiada en lapsos temporales, sin límites concretos. Tal vez, porque el presente es algo así como la intuición del futuro.

Diálogo con un hombre risueño se prolonga en afanes de interpretación vivencial. La estampa del sablista se difumina en exceso. Una serie de interpolaciones, marginales a la historia, contribuyen a crear una atmósfera difusa. Y en ella, los personajes pierden su calidad novelesca. Ocurre, sin embargo, que ciertos acápites, por sí solos, equivalen a situaciones finamente captadas. Su total vertebración carece de ese buril, tan notorio en los otros títulos del volumen.

El libro de Carlos Morand, si otras obras no hubiese publicado ya, sería